

(01029)

El tiburón y la orca

Segismundo Álvarez Colón llevaba presidiendo los Plenos del Ayuntamiento de Mospintoles casi 16 años, que multiplicados por sus 365 días dan para discutir, para defraudar, para enfrentarse con los siempre vecinos del municipio, amigos en ocasiones (¡?).

Cuando López y Basáñez, acompañados por Piquito, entraron en el despacho, el alcalde se hallaba sentado a una gran mesa utilizada para las reuniones, apartada de la destinada a despachar los asuntos propios de su cargo. Junto a él se encontraba María Reina.

La sonrisa de María le pareció a López más sincera que la del alcalde. El empresario, adelantándose, y como mandan las más elementales reglas de cortesía, saludó en primer lugar a la teniente de alcalde, tendiendo luego la mano hacia Segis, quien se la estrechó tibiamente. No fue un apretón de hombres, lo cual disgustó a López, pues cuando tuvo la mano de Segis entre la suya le pareció apretar un pescadito húmedo, blando y escurridizo. A pesar de ello, Segis le mantuvo la mirada, por lo que López no supo cómo juzgar a este hombre: por un lado estaba la pusilanimidad del estrechamiento de manos y por otra la firmeza de su mirada.

Sin perder más tiempo en consideraciones parecidas, López presentó a Basáñez como el abogado de la firma López&Asociados, la cual se convertiría en accionista mayoritaria del Rayo tras la transformación en sociedad anónima deportiva.

—...Y nos hemos permitido traer con nosotros al mospintoleño del momento, al héroe que ha hecho posible la hazaña de que nuestra ciudad figure entre los grandes del fútbol español.

Piquito sonrió abrumado, y dando un paso hacia delante tendió la mano al alcalde quien, aceptándola, dio un par de palmadas con su mano libre en el hombro al chaval, diciendo con sinceridad:

—Te hacía más alto. Los héroes suelen ser de talla considerable —y añadió—, pero los bajitos también sabemos ganar batallas. Enhorabuena por tu éxito que lamentablemente me perdí por un error en el ajuste del calendario de mis compromisos —y dejó que una sombra de acritud tiñera estas últimas palabras.

—No se perdió *usté na'*, alcalde. Lo *pue'* ver todo en el DVD.

—Pero no es lo mismo, joven. La intensidad del directo, el calor del estadio, eso no lo ofrece la tecnología.

—Pero a *na'* que pueda, yo se lo voy a dar a *usté* otra vez este año. Vamos a subir a primera, alcalde.

Piquito se estaba excediendo en su cordialidad. Ni a María le interesaba que Segis viviera como alcalde nuevos éxitos del Rayo, ni a López le gustó que confundiera deseos con voluntades.

—Lo cierto, Piquito, es que hemos venido a ver al señor alcalde para tratar una serie de asuntos que son de una importancia capital para el futuro del Rayo. Si no conseguimos convencerle de nuestros buenos propósitos, tal vez el Rayo ni siquiera pueda jugar este año en segunda división.

—Eso no *pue'* ser, ¿verdad, alcalde? *To'* Mospintoles quiere ver al Rayo en segunda, peleando por subir a primera, y jugando la Copa contra los grandes.

Piquito, ajeno a las componendas de los políticos, había dado la de cal, metiendo presión a Segis, ya que para las elecciones municipales, que se celebran el cuarto domingo de mayo cada cuatro años, restaban once meses, y Segis pretendía volver a ser el candidato por su partido.

Como quiera que el chaval, en su candidez, sólo podía empeorar las cosas, López volvió a intervenir.

—No querríamos entretenerle más de lo necesario, señor alcalde, por lo que cuando desee podemos sentarnos para exponerle nuestros planes.

A Segis no le gustó que López tomara el mando de la situación, y Piquito, por su parte, entendió que había llegado el momento de marcharse.

—Yo me voy a excusar, señor López —que fue lo que el empresario le había dicho—, y me tengo *qu'ir*.

Y sin más, Piquito abandonó la oficina. Segis quedó perplejo, mirando a un lado y a otro un poco amoscado.

—¿Pero que bicho le ha picado a este muchacho? ¿Pues no se ha ido a la francesa sin decir adiós?

—Costumbres de la juventud, sin duda, señor alcalde —intervino María, que algo se comenzaba a oler, pues la frase de Piquito había sonado artificial.

López decidió aprovechar el camino abierto por el figura instantes antes.

—Esta juventud tiene la costumbre de decir las verdades sin ambages, señor alcalde. Ya le ha oído; todo Mospintoles espera ver al Rayo jugando en segunda división. Como bien sabe, para ello precisamos convertirnos en sociedad anónima.

—Sin duda ustedes tendrán todo ese proceso bien proyectado —cortó Segis, obstinado en no dejarse pisar el terreno en su propio despacho y deseoso de marcar el tempo de la reunión.

—Se nos exige, empero, una serie de requisitos que de no cumplirse harían inútil cualquier esfuerzo en esa dirección. Uno de ellos es el aforo del estadio.

—¿Y qué le pasa al estadio? —deseó saber el alcalde.

—Que no reúne ni la cantidad ni la calidad necesaria para albergar encuentros de segunda división. Hablamos de vestuarios, de localidades de asiento, de tornos, de accesos, aparcamientos... —enumeró López.

—Pare, pare, López. Supongo que no ha venido hasta aquí para decirme qué le falta al viejo estadio municipal, por lo que aventuro que ya tiene usted un estudio de costes de todas esas reformas.

La reunión se había precipitado sin los prolegómenos que hubieran sido menester, y allí se encontraban López, un viejo tiburón, y Segis, una no menos vieja orca, que nunca antes habían estado cara a cara, aunque ambos se conocían como se conocen dos púgiles que nunca han pisado el ring a la vez pero que llevan largo tiempo preparándose para el gran combate.

—Y aventura usted bien, señor alcalde. Le agradezco que nos facilite las cosas...

—No estoy diciendo que vaya a facilitarle nada, señor López —volvió a cortar Segis.

—Me refería a la exposición de hoy, señor alcalde —se defendió López dejando a Segis algo incómodo por el desliz—. Al presupuesto de modernización del estadio habrá que sumarle la premura con que habrá que actuar y que a buen seguro cualquier empresa repercutirá en el presupuesto.

—Cualquier empresa excepto la suya, supongo... —advirtió Segis taimadamente.

—De eso, si me lo permite, hablaremos más tarde —aplazó López mientras colocaba delante de Segis y de María sendas subcarpetas que Basáñez había extraído de su maletín mientras hablaban.

Segis abrió la carpeta con el logo de Industrias López&Asociados y no pudo reprimir una exclamación desagradable que a buen seguro era esperada por López.

—Sin duda esto es una broma, López. Apostaría con los ojos cerrados a que el estadio vale menos que la reforma que aquí se halla presupuestada.

El empresario guardó silencio y miró con calma a María, que ya había pasado al desglose del presupuesto, en las hojas posteriores del dossier, mientras Segis había cerrado la carpeta y la había apartado de sí.

—¿Y qué es eso de la recarga por la premura?

—Señor alcalde, desde el mes de enero el Consejo de Administración del Rayo de Mospintoles ha enviado a este Ayuntamiento al menos siete peticiones de reunión bilateral para tratar este asunto. Y ello porque veíamos que nuestro Rayo estaba en disposición de lograr la gesta que finalmente se alcanzó gracias al trabajo, al tesón y a la ilusión de un grupo de convecinos nuestros.

López hizo una pausa, mientras Segis interrogaba a María con la mirada, y ésta, por toda respuesta, enarcó las cejas.

—En sus solicitudes nunca nos anticiparon ustedes el motivo de esas entrevistas —puntualizó Segis—. Bien pudo usted haber hecho mención a esta situación que ahora nos presenta.

—Supusimos que ustedes lo supondrían... —ironizó López mientras miraba a Basáñez, que había sacado una pluma del bolsillo de su americana para tomar

algunas notas, pero viendo que por la plumilla no se deslizaba la tinta, estaba intentado repararla.

—Señor López, evitemos caer en recriminaciones mutuas que no nos van a llevar a ningún lado. Sin duda alguna usted es conocedor del funcionamiento presupuestario de la Administración local, así como de la constante precariedad de las arcas municipales. No me cabe duda alguna de que es usted plenamente consciente de que este ayuntamiento no está, ni por asomo, en condiciones de desembolsar una cantidad que se aproxime siquiera a la cifra aquí consignada. Porque no pongo en duda que esa cantidad es fiel a la realidad.

Basáñez manipuló torpemente la plumilla y una gran mancha emborronó la cuartilla que tenía delante dejándole la mano embadurnada del enojoso líquido con el que pretendía escribir.

—¡Vaya! Lo siento, señores. Me van a tener ustedes que disculpar. He de limpiarme con premura, antes de que eche a perder el traje. ¿Dónde puedo encontrar un lavabo, por favor?

María miró el folio que Basáñez tenía delante; no había escrito ni una sola línea. La teniente de alcalde le informó de que el lavabo estaba en el pasillo y que la secretaria, al salir de Alcaldía, le mostraría su localización.

Mientras Basáñez abandonaba el despacho López sentenció.

—En ese caso, señor alcalde, me temo que estamos en un punto muerto. Será una lástima tener que informar a la población de que el Rayo no puede jugar en segunda división porque su Ayuntamiento no atendió las llamadas del Rayo en tiempo y forma.

Segis encajó el sopapo sin pestañear.

—Aunque cabe alguna otra posibilidad —apuntó López—. En España no es muy habitual, pero el Rayo podría irse a disputar sus partidos en otro municipio más o menos cercano.

El alcalde esbozó una media sonrisa mientras el empresario hacía una larga pausa. Segis no estaba impresionado.

—Es el Rayo de Mospintoles —objetó.

—Es el Rayo de Industrias López&Asociados, señor Alcalde —puntualizó López.

Por su parte Basáñez, en el lavabo, se había limpiado rápidamente las manos. En realidad la torpeza cometida con la plumilla había sido una estratagema para abandonar la reunión y telefonar al encargado de la “representación”, como la había llamado López cuando venían en el taxi.

De vuelta al despacho de Alcaldía la reunión no había avanzado mucho.

—Señor López —estaba diciendo Segis—, me da que usted tiene más propuestas que hacernos...

—Si el Ayuntamiento carece de recursos para acometer esa reforma, nosotros como empresa no estamos en situación de invertir esa misma cantidad en un inmueble que no es de nuestra propiedad —Basáñez tomó asiento junto a López nuevamente.

—No se trata exactamente de la misma cantidad, López. En este presupuesto está incluido el beneficio industrial de la empresa contratista, el impuesto de sociedades, y otras cantidades que ustedes no tendrían que desembolsar. Sencillamente, no obtendrían beneficios, ello a cambio de una concesión en exclusiva de... digamos... ¿20 años?

—Ni por una concesión a 50 años, señor alcalde. Me temo que nuestro sueño choca aquí contra un muro. Quizá sí dispongamos de la cantidad para financiar el coste bruto de la reforma. Pero entienda que una cosa es el Consejo de Dirección del Rayo y otra muy distinta el Consejo de Administración de Industrias López&Asociados. Son precisamente mis socios los que no estarían dispuestos a correr el riesgo de invertir en un inmueble que, quizá, sólo necesitamos por este año. Entra dentro de lo probable que el Rayo regrese el año que viene a segunda B.

Segis se dio cuenta entonces de que López no estaba jugando. Era consciente de que un descenso de categoría podría devolver al Rayo no sólo a segunda B, sino a la tercera división en la que había militado desde que tenía memoria. Las finanzas del fútbol estaban siempre supeditadas a los éxitos deportivos, y tras un descenso de categoría los ingresos disminuyen geométricamente y la deuda aumenta exponencialmente; la regresión puede llevar incluso a la desaparición de la entidad abrumada por los impagos. Antecedentes había...

En aquel momento se percibía una musiquilla que llegaba de la calle; se escuchaban voces y un creciente jolgorio, de forma tenue al principio, pero luego más intensamente a pesar de que las ventanas estaban cerradas para garantizar la climatización de la estancia.

Fue López quien llamó la atención del alcalde.

—¿Oye esa música festiva, señor alcalde? Asómese a la ventana, por favor.

Se levantaron los cuatro y se dirigieron al balcón que daba a los jardines del ayuntamiento para ver, abajo, un autobús de dos pisos, una guagua, sin techo en el piso superior, engalanada con afiches del Rayo y de sus jugadores, que había estacionado junto a la parada de taxis.

Una multitud de personas se acercaban al autobús para reclamar unos pósteres que conmemoraban el ascenso del Rayo, y en medio de todo aquel bullicio se encontraba Piquito firmando autógrafos.

Era obvio que se trataba de un montaje de López, quien había contratado la guagua en Madrid, junto con una fanfarria que animaba a los transeúntes con una alegre música. Lo que no era tan obvio es que además había contratado a

cien figurantes cuya función era hacer bulto, animando al resto de viandantes a acercarse al autobús. En cuestión de cinco minutos la acera de los jardines quedó colapsada, mientras la charanga tocaba pasacalles.

—Va a ser muy duro decirle al pueblo que el Rayo permanece en segunda B por una dificultad meramente administrativa.

—¿Cuál es su propuesta, López? Usted no ha llegado hasta aquí para darse por vencido.

—Véndonos el estadio.

—¿¡Se ha vuelto usted loco!?! Ése es un activo de este Ayuntamiento. Esa venta necesita la aprobación del Pleno, llevará aparejados unos trámites, ni con un procedimiento abreviado conseguiríamos venderle el estadio antes del comienzo de la temporada...

López se le quedó mirando pacientemente mientras Segis divagaba.

—Además, se me echarían encima la oposición, la prensa, las asociaciones de vecinos, la dirección regional del partido. Usted lo que pretende es acabar con mi carrera política...

Mientras Segis volvía a la mesa, López estaba llamando por teléfono. Había recuperado la llamada que Piquito le hizo por la mañana, cuando Núñez el guarda le impidió la entrada al edificio de Industrias López&Asociados, y ordenó al chaval que subiera a donde se encontraban reunidos con el alcalde.

Segis, hojeando ahora el presupuesto, seguía obstinado en decir que aquella idea era un escándalo.

—Tranquilícese, señor alcalde, y escuche nuestra propuesta. El Rayo se convertirá en sociedad anónima deportiva. Para ello necesita, no de avales, sino de dinero contante y sonante. El empresariado de Mospintoles me ha mostrado su adhesión. La prensa mospintoleña está de mi mano, y nos es propicia. Socialmente el momento nos es favorable. Y del Ayuntamiento que usted preside todos esperamos que se convierta en uno de los accionistas importantes.

Segis escuchaba como quien oye la voz de la razón abriéndose paso entre los ecos de sus propias voces aún resonando en su cerebro.

—Como dinero no tienen, y el dinero público no ha de ir a manos privadas, el Ayuntamiento tasaré el estadio por debajo de su valor de mercado, y esa será la aportación al accionariado de la entidad. Será nuestra empresa la que haga líquido el valor del estadio a cambio de unas condiciones que no se cumplirán. Podemos comenzar las obras de remodelación mañana, pues ya están proyectadas; estamos aguardando al visto bueno para llevar allí a nuestro personal.

Segis continuaba escuchando.

—Se nos permitirá construir una nueva grada, con tribuna, palco y zona VIP, que ya está proyectada por nuestros técnicos, en cuyos bajos instalaremos las

oficinas de nuestro holding. Cuando completemos la mudanza podremos vender nuestra sede actual y recuperar así el líquido adelantado al ayuntamiento. Finalmente ustedes incumplirán las condiciones pactadas y el estadio pasará a manos del Rayo e Industrias López&Asociados a cambio de una indemnización que acabará engrosando las arcas municipales, y alguna otra si fuera menester, sin olvidar el valor de las acciones adquiridas por el Ayuntamiento.

En ese momento Piquito irrumpió en el despacho.

—*M'ha mandao* subir, señor López —dijo torpemente el chaval—. ¿Qué quería?

—Al alcalde le gustaría salir al balcón contigo para saludar a la afición de ahí abajo.